

Cronica de hebreu

Por Raúl Silva Castro

de sus días, un viaje por España, Y conoció, precisamente, la región andaluza de cuyas entrañas se ha vertido no poca de la sangre blanca con que se han regado las tierras de América. Se siente a sus anchas en medio de esos hombres a los cuales sólo ha podido ver algo tarde en el ambiente que de naturaleza les corresponde. Se olvida, entonces, un poco de que se llama Edwards y acude a los nombres españoles —Argandoña, Vives, Iribarren— que también confluyen en su estirpe para encontrarse un parentesco con aquella fresca y palpante fruición de la hispanidad.

A ULTIMA obra publicada por la Editorial Difusión Chilena, "Páginas Históricas" de don Alberto Edwards, tiene el siguiente prólogo que reproducimos en sus partes principales:

Los artículos recogidos en este volumen proceden de diversas fuentes y han sido escritos por el señor Edwards en un espacio relativamente grande de tiempo, no inferior a veinte años. No todos tocan directamente la existencia política de la República, que sin duda ha sido agotada en un estudio sin paralelo en nuestra bibliografía histórica por el señor Edwards, y en el bosquejo histórico de los partidos políticos. Pero todos se refieren de cerca o de lejos a la psicología nacional en sus aspectos individuales y colectivos, desde la intuición de Portales hasta el talento literario de Vallejo y pasando por amenas páginas de evocación del pasado con que el señor Edwards acrecienta sus títulos de historiador.

Es en todos sentidos el más importante de los artículos contenidos en este volumen el comentario que se hace de una carta que en 1822 escribió Portales desde Lima a uno de sus confidentes chilenos. En ella deja transitoriamente el agudo charlador epistolar aquél tono de abandono y de causticidad íntima que hace tan preciosas sus cartas, y se lanza por el mar abierto de la fantasía a explorar el futuro. No es todavía el hombre del destino que debía moldear a su amañó al país en cuyo suelo había visto la luz. Era un comerciante extranjero que desde Lima vigilaba sus negocios pulsanado a cada instante la necesidad de que gobiernos fuertes, bien inspirados, de tono europeo, dieran garantías a los capitales y aliento a las iniciativas de los hombres, no para encauzarlas ni menos para sofocarlas, sino para prestarles un cariñoso amparo. Pero el genio lo visitaba ya de cuando en cuando para dictarle expresiones peregrinas, que afloran en la correspondencia y que han dejado su huella en el vasto repertorio de las anécdotas que la historia nos conserva. Y en esa hora de 1822 la intuición se hace más luminosa que otras veces. Le llaman la atención los consules norteamericanos que han comenzado a recorrer los países del sur, y teme que tras las miras aparentemente comerciales se encuentren en realidad las políticas. Nada han hecho por nosotros, agrega, y de pronto se ponen solícitos. La expresión final es, como siempre en Portales, sabrosísima. ¿No será éste uno de esos embelecados con que habitualmente distraemos a los niños? Mientras el pueblo incauto chupa el dulce de la doctrina, los madrugadores trazarán los planes de la absorción y, si se tercia, de la conquista.

Los fragmentos de territorio perdidos por Méjico prueban que Portales no se equivocaba del todo, y el tratamiento más tarde infligido a Cuba, a Puerto Rico, a Nicaragua, a Colombia, a la República Dominicana basta para acreditar de muy honda la previsión de nuestro estadista. Las avanzadas comerciales se convirtieron tal como él prevía, en presiones políticas, en guerras de anexión y en ocupaciones y desmembramientos territoriales. Los misioneros, los apóstoles, los benefactores de la humanidad envolvían en los pliegues de una compleja psicología las garras del temperamento predatorio. Y del mismo modo que los indios fueron aniquilados para que se establecieran los blancos en las tierras vacantes, porque dentro del concepto de la superioridad de la raza no cabe mezclar sangres de diversos colores, así también los territorios poblados por mestizos deben ceder al ocupante de la raza superior. Nuevo Méjico, Texas, Arizona, California, son los nombres geográficos en que se esquematiza un tipo de actitud; otro se llama Puerto Rico, y un tercero, Panamá segregado de Colombia para que no fuese esta nación la que dispusiera un día del portentoso canal entre los dos principales mares del mundo.

A todas estas miserias, y a muchas más que sería prolijo señalar, se asoma el ojo avizor de Portales en una época de su vida en que nada hacía presumir lo que la Providencia le encargaría realizar. Ya dijimos que era comerciante entonces, y nada más que eso; añadamos que aun no emergía de la vida disipada

a que parecía inclinarse el clima limeno. El día que esta carta se divulgue por todas partes, y sea traducida y comentada, y sea emplazada en el sitio que le corresponde en la historia del pensamiento hispanoamericano, y sea pesada y contrastada con sucesos, antecedentes y coetáneos, ese día aceptará el mundo que hay genialidad en Portales y que los chilenos tenemos razón para sentirnos orgullosos de su nombre.

El señor Edwards fué a lo largo de toda su existencia, un admirador abierto y franco de Portales, como se prueba en otras páginas también recogidas aquí, como ese simpático artículo sobre Portales y las mujeres, que tiene, además, el mérito intrínseco de una observación muy certera de los caracteres de la psicología española. La fuente de las impresiones era muy reciente. El señor Edwards no viajó mucho en su vida, y en plena madurez hizo el principal viaje que se registra en la historia

FRAGMENTOS DE UN PROLOGO

de todos los tiempos, y el señor Edwards nos proporciona en su estudio los elementos necesarios para que nosotros aceptemos ese dictamen y sepamos propalarlos y defenderlos con buenas razones.

Pero hay que volver a la política una y mil veces, cuando se trata del señor Edwards. No tuvo en ella la participación descollante que corresponde a los hombres que llegan a la Presidencia de la República o que son jefes de partidos, ante cuyas decisiones se ordenan los acontecimientos. Fué parlamentario en un solo período y ministro de diferentes carteras, con largos intervalos de alejamiento de la cosa política y de entrega absorbente a las labores administrativas y literarias. Del escritorio en que se escriben cuentos y trozos de la historia patria hasta el despacho del ministro, hay un largo espacio que recorrer, y no es raro que el señor Edwards demorara años en franquearlo, porque también hacia falta adaptarse a distintas funciones. El hecho es que la historia no le habrá de recoger como político activo, y que, en cambio, le tiene reservado un sitio en su calidad de pensador de la política, con obras atestigüadas en libros que hemos venido nombrando y en multitud de artículos que han quedado dispersos y que podrían formar varios volúmenes semejantes a éste, que el lector tiene en las manos.

Y como hay que volver a la política, véase en fin, lo que Portales dijo acerca de la forma de gobierno que debía, a su juicio, implantarse en los pueblos americanos. ¿La monarquía? No; ya se ha probado, y no cabe intentar un nuevo ensayo, que se haría a disgusto de todos. ¿La democracia? Tampoco. Hace fermentar los apetitos plebeyos, degenera pronto en demagogia, y cuando ha degenerado ya no se sabe descubrir el rumbo que ede la demagogia nos aparte. No hay cultura en las masas para abrazarla, sin caer en lo ridículo. Los hábitos sociales no están calculados para prestarle el debido amparo, y a cada paso se notan fricciones y choques desapacibles. Y nótese que Portales desahuciaba la democracia como forma de organización política para Chile, en 1822, y que siete años más tarde, llegando del extranjero, don Andrés Bello registraba con aguda percepción de filósofo, lo siguiente: "Las instituciones democráticas han perdido aquí... su pernicioso prestigio; y los que abogan por ellas lo hacen más bien porque no saben con qué reemplazarlas, que porque estén sinceramente adheridos a ellas". Los años corridos desde aquella carta de Lima hasta la llegada de Bello a Chile han sido decisivos para la formación de Portales. El comerciante se transforma en hombre de Estado, la disipación cede paso a una doctrina inflexiblemente rigurosa, a medida que los sucesos políticos de la tierra se tornan graves, de mal augurio, francamente deplorables. ¿Está condenado Chile a retrogradar a la barbarie? En medio de los torrentes de sangre que se vierten en todas las demás naciones hispanoamericanas, hay una isla de paz y de calma en que los hombres trabajan ceñudamente por lograr que la tierra avarezca un poco de lo necesario para subsistir y para progresar. Son europeos puros trasplantados a América, y es justo concederles el derecho a que no se sientan a sus anchas en medio del motín y de la revuelta, y humano concebir que prefieran el progreso lento y ordenado a cualquier aventura en que la ilusión

de avance naufraga pronto en un mar de pasiones plebeyas.

Ni monarquía, pues, ni democracia, sino un sistema mixto, intermedio, el que se ha venido aposentando como substrato de los espíritus en tres siglos de dura lucha con el indio y de ás-